

Viernes II de Pascua



12 de abril de 2024

Hech 5, 34-42

Sal 26

Jn 6,1-15

P. Eduardo Suanzes, msps

El texto que hemos leído hoy del evangelio se enmarca dentro de un capítulo en el que Jesús dirá que él es el Pan de Vida. Y Juan desarrolla esta afirmación de Jesús junto con el tema de la Eucaristía.

Este texto, el de la multiplicación de los panes, constituye, una especie de introducción al mensaje que vendrá a continuación. En ese sentido, podría decirse que se trata de un "pre-texto", en forma de catequesis, dotado de un profundo simbolismo¹.

De todos los gestos realizados por Jesús² durante su actividad profética, el más recordado por las primeras comunidades cristianas fue seguramente una comida multitudinaria organizada por él en medio del campo, en las cercanías del lago de Galilea. Es el único episodio recogido en todos los evangelios.

El contenido del relato es de una gran riqueza. Siguiendo su costumbre, el evangelio de Juan no lo llama "milagro" sino "signo". Con ello nos invita a no quedarnos en los hechos que se narran, sino a descubrir desde la fe un sentido más profundo, porque un signo apunta a un significado, que es lo que cuenta.

Jesús ocupa el lugar central. Nadie le pide que intervenga. Es él mismo quien intuye el hambre de aquella gente y plantea la necesidad de alimentarla. Es conmovedor saber que Jesús no solo alimentaba a la gente con la Buena Noticia de Dios, sino que le preocupaba también el hambre de los que le seguían.

¿Cómo alimentar en medio del campo a una muchedumbre numerosa? Es la pregunta retórica que hace Jesús, porque él sabe perfectamente a dónde quiere llevar la catequesis. A partir de esta pregunta comienza el evangelista a funcionar en un doble plano: el alimento material y pan que da vida y vigor al hombre entero para permanecer siempre unido en comunión con lo divino; capacidad para vivir en la esfera de Dios.

Los discípulos no encuentran ninguna solución. Felipe dice que no se puede pensar en comprar pan, pues no tienen dinero. Andrés piensa que se podría compartir lo que haya, pero solo un muchacho tiene cinco panes y un par de peces: constata la realidad de escasez. ¿Qué es eso para tantos? Pero Jesús sabe que lo que va a proponer y dar no dependerá ni del dinero y el desaliento que externa Felipe ni de la poquedad que denuncia Andrés. Porque él es el tesoro, él es el todo, pues todo lo ha dado el Padre con él.

¹ Cfr. ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO, sj. *Somos Pan de Vida*, en www.feadulta.com

² JOSÉ ANTONIO PAGOLA. *El gesto de un joven*, en www.feadulta.com

Fíjense que la figura del chiquillo reduce al mínimo el punto de origen de donde saldrá la solución³. Por su edad y por su condición, es un débil, física y socialmente, lo más desproporcionado a la magnitud del problema. El chiquillo es pobre, y su alimento, de ínfima calidad (pan de cebada) y escaso⁴. Para Jesús es suficiente. Ese chiquillo, sin nombre ni rostro, va hacer posible lo que parece imposible. Su disponibilidad para compartir todo lo que tiene es el camino para alimentar a aquellas gentes. Jesús hará lo demás. Toma en sus manos los panes del joven, da gracias a Dios y comienza a "repartirlos" entre todos. Y aquí es donde empieza a desplegarse todavía más la riqueza de simbolismo que encierra el relato, y el de ese segundo plano de significación del relato del que hablamos.

Uno de ellos es el ético, que nace del amor y nos pone en movimiento para favorecer que "todos coman". Se suele decir que la ética es el criterio de verificación de toda religión y de la misma espiritualidad. No porque se priorice ningún tipo de voluntarismo, sino porque constituye el test donde se muestra la calidad del amor y, paralelamente, el descentramiento personal. Sin esta referencia ética, alguien podría pensar que se halla en algún elevado peldaño espiritual cuando en realidad estaría solo en un autocomplaciente paraíso narcisista.

La escena es fascinante. Una muchedumbre, sentada sobre la hierba verde del campo, compartiendo una comida gratuita, un día de primavera, pues estamos en Pascua. No es un banquete de ricos. No hay vino ni carne. Es la comida sencilla de la gente que vive junto al lago: pan de cebada y pescado ahumado. Una comida fraterna servida por Jesús a todos, gracias al gesto generoso de un joven.

Si hay hambre en el mundo, no es por escasez de alimentos sino por falta de solidaridad. Hay pan para todos, falta generosidad para compartir. Hemos dejado la marcha del mundo en manos del poder financiero, nos da miedo compartir lo que tenemos, y la gente se muere de hambre por nuestro egoísmo irracional.

Pero hay otro significado específicamente espiritual⁵. Jesús es el alimento que nos hace vivir. Todo el que viene a Jesús es alimentado, Jesús atiende al hambre de todos, simplemente porque están hambrientos⁶. Esta comida compartida era para los primeros cristianos un símbolo atractivo de la comunidad nacida de Jesús para construir una humanidad nueva y fraterna. Les evocaba, al mismo tiempo, la eucaristía que celebraban el

³ ...como la del grano de trigo, como la semilla de mostaza, como la pequeña cantidad de levadura en la masa...

⁴ Llamo la atención sobre otro significado del término chiquillo; en efecto, este término significa así mismo el «criadito», «el servidor». Por tanto lo que el evangelista (en ese segundo plano de que hablamos) el chiquillo representa al seguidor en cuanto servidor y entregado a la comunidad.

⁵ Ojalá podamos entender bien las cosas. Nosotros como somos limitados tendemos a establecer niveles, significados distintos o paralelos. En realidad no hay nada más que un significado porque todo en la vida espiritual es uno. A pesar de esto separamos este segundo significado sabiendo, de antemano, que se identifica también con el primero.

⁶ JOSÉ ENRIQUE GALARRETA, SJ. *Jesús rompe nuestros odres viejos*, en www.feadulta.com

día del Señor para alimentarse del espíritu y la fuerza de Jesús, el Pan vivo venido de Dios. Jesús salva y alimenta porque es pan y su “darse, partirse y repartirse” es una invitación a todo seguidor suyo a convertirse en eucaristía, en alimento vivo, para los demás. Convertirnos en «hostias vivas».

Cuando queremos unirnos de una manera especial con alguien lo que hacemos es invitarlo a comer. Esto es una costumbre que se manifiesta en todas las culturas. Y lo hacemos porque, en realidad, a través de la comida, el que invita se da a sí mismo. De hecho, rechazar una comida cuando eres invitado sienta bastante mal al que la ofrece, porque en el fondo se está dando a sí mismo: naturalmente esto es simbólico. Y es aquí, precisamente, a donde quiere llegar Jesús: el símbolo lo convierte en realidad. Él es el Pan Vivo bajado del cielo **y se da realmente**, no metafóricamente, a todo aquel que quiere recibirle.